

LA FILOSOFÍA COMO MODO DE VIDA

Sergio Pérez Cortés

PIERRE HADOT, *¿Qué es la filosofía antigua?*, México, FCE, 1998

Originalmente publicado en lengua francesa en 1995, el libro que ahora reseñamos merece el interés de un extenso número de practicantes de la filosofía. La razón es que Pierre Hadot, profesor honorario del College de France, ofrece una refrescante imagen de la filosofía antigua. Su tesis principal puede ser resumida así: en la antigüedad greco-latina, la filosofía era fundamentalmente un modo de vida, una opción existencial, un cierto deseo de ser y de vivir de un cierto modo. No es, desde luego, una tesis novedosa; se puede encontrar en mayor o menor grado en múltiples historias de la filosofía y en algunos estudios específicos. Lo original reside en el énfasis que P. Hadot otorga a esa tesis, al grado de permitirle desarrollar una imagen inusual de la filosofía en la antigüedad y, con ello, proponer un nuevo equilibrio en la manera que se tiene de leerla, especialmente en la enseñanza que ofrecemos a los futuros filósofos.

Tal como la estudiamos, la historia de la filosofía es una sucesión de esfuerzos intelectuales destinados a elaborar, cada uno por su cuenta, un sistema, es decir, una construcción conceptual ordenada y abstracta acerca de la realidad (aun si se circunscribe, como sucede recientemente, al fragmento considerado más relevante de esa realidad: el lenguaje). P. Hadot afirma que es un anacronismo imponer a los filósofos antiguos las mismas premisas y los mismos fines que subyacen a esa concepción. Lo que, a juicio suyo, caracteriza al conjunto de la filosofía antigua,

es haber colocado ese esfuerzo conceptual bajo una orientación existencial, es decir, al interior de un arte de vivir, dentro de un determinado estilo de vida. Las filosofías antiguas no carecen de un aspecto sistemático, pero hacen de él una suerte de preámbulo, el antecedente necesario de la sabiduría. Con ello no se pretende desdeñar los aspectos sistémicos y lógicos que esas filosofías contienen, los cuales normalmente han atraído la atención de los comentaristas. Pero Hadot sostiene que aún esos edificios conceptuales adquieren su verdadero sentido cuando están situados en el proyecto de vida al que pertenecen y al que buscan fundamentar. En el plano epistemológico, ellos no son discursos desinteresados cuyo fin sería ofrecer una representación neutral del mundo, sino doctrinas interesadas en fundamentar un determinado modo de vivir en premisas presumiblemente objetivas, de tal modo que la opción vital se unifique con la estructura básica de la realidad.

Este cambio de perspectiva basta para hacer de *¿Qué es la filosofía antigua?* un libro singular. Ante todo, ello le permite desarrollar una serie de temas que usualmente permanecen en la penumbra o son definitivamente eclipsados por nuestros afanes sistémicos. Permítasenos mostrar algunos ejemplos. El primero es, ¿qué significaba exactamente «practicar la filosofía»? En la antigüedad, sostiene nuestro libro, filosofar no era ni escribir libros autoconsistentes, ni enseñar profesionalmente una disciplina específica, sino elegir una orientación en la vida. El candidato a filósofo no elegía una corriente, a la manera en que hoy decide ser «platónico»,

«kantiano», o «marxista». Para él, la elección de una escuela era simultáneamente la decisión de iniciar una profunda conversión espiritual. Suponía, primeramente, elegir la amistad de un filósofo que no sería sólo su maestro, sino un verdadero guía espiritual; suponía, además, incorporarse a una comunidad de individuos estrechamente unidos por la amistad, aceptando su modo de vida, ajustando su propia conducta a los dogmas colectivos. De ahí la clase de relación espiritual que se establecía entre el filósofo y sus discípulos, inasimilable a la situación moderna. No son sólo las concepciones de lo que es una escuela, o la enseñanza, las que resultan alteradas, sino también el contenido y la forma del discurso filosófico. Ante todo, porque el propósito esencial del filósofo no era erigir un monumento de ideas, sino proveer al discípulo de aquellos principios que habrían de servir a éste de guía en la acción práctica. Ésta es la orientación que determina muchas obras antiguas. El filósofo no buscaba escribir obras abstractas para un público anónimo; en muchos casos, él redactaba obras para uno o varios discípulos que requerían apoyo especial y que constituían un público predeterminado, al cual debía dirigírseles ciertas palabras, porque no se dice lo mismo a un principiante, que a alguien que casi ha alcanzado la perfección. Una obra filosófica antigua es entonces el producto de una «escuela de filosofía», en el sentido más concreto del término, en la cual el maestro forma a sus discípulos tratando de conducirlos hacia su autotransformación.

En segundo lugar, Hadot puede valorar de otro modo el marcado carácter oral de la filosofía antigua. Porque tal relación espiritual entre filósofo y discípulo sólo tiene sentido si es una relación de individuo a individuo. En esta formación individual, la palabra hablada es crucial: sólo ella

permite al alumno descubrir, por medio del diálogo, en el laberinto de preguntas y respuestas, la verdad que hace suya activamente, de otro modo que si leyera una tesis muerta, expresada en papel para su consumo inmediato; sólo la palabra hablada permite al filósofo adaptar sus enseñanzas al estado espiritual del discípulo. El discurso filosófico no esculpe estatuas inmóviles, había escrito Plutarco. Platón mismo, en la carta número VII, expresa esa convicción. No es pues extraño que un cierto número de obras antiguas estén vinculadas a la tradición oral, sea porque reproducen como un eco las detenciones, vacilaciones y repeticiones propias del discurso verbal, sea porque ellas resaltan transcripciones de enseñanzas orales, o sea, en el límite, porque muchos filósofos hayan considerado innecesario confiar a la escritura el contenido de sus enseñanzas. La perspectiva adoptada permite entonces a P. Hadot situar al filósofo en un contexto más acorde con lo que sabemos de los hábitos orales y memorísticos de la antigüedad, con la circulación restringida del libro y con los propósitos que animaban a los antiguos a difundir su pensamiento mediante textos.

En tercer lugar, el libro de P. Hadot permite reconsiderar la imagen que nos formamos del filósofo antiguo. En efecto, éste no se concibe tanto como el constructor de imponentes sistemas acerca de la realidad, sino como aquél capaz de aportar un especial cuidado de sí mismo, de su alma y del alma de los otros. No es un pensador solipsista situado en la cumbre de la abstracción. Para él, el cuidado de sí mismo no excluye el cuidado de los otros, porque practicar la virtud en la soledad ya es, de suyo, no ser virtuoso. Se percibe entonces el papel relevante que Sócrates ha podido jugar en la formación de la imagen del filósofo. A diferencia de los sofistas, para Sócrates, filosofar no es

adquirir un saber, o un saber hacer, sino practicar una forma de cuestionarse a sí mismo, porque se tiene el sentimiento de que no ser aquel que se debería ser. La *sophia* no era tanto una *techné*, cuanto una orientación al autoconocimiento. De acuerdo con Sócrates, el filósofo no requiere poseer la sabiduría (¿cuántos podrían aspirar a ello?), pero a diferencia de los insensatos, él está consciente de su no saber, y de la necesidad indeclinable de aspirar a esa sabiduría. Se comprende quizá mejor un aspecto de la definición griega de filosofía: es el amor (incesante) de la sabiduría (inalcanzable). Filosofar no consistía en escribir libros o en enseñar principios, sino en ser. Por eso mismo, podían recibir el título de filósofo muchos que no construían ningún edificio sistemático. Cualquiera que vivía de acuerdo a los dogmas de una escuela merecía el nombre de filósofo, lo mismo que aquel que mediante su enseñanza, verbal o escrita, ofrecía a los demás una guía en ese ejercicio espiritual.

No todas las escuelas de la antigüedad otorgaban la misma importancia a la noción de la filosofía como modo de vida. En cierto modo, los extremos serían, por una parte la escuela peripatética, que habría conservado de Aristóteles el amor al conocimiento por el conocimiento mismo, y por la otra, los filósofos cínicos, para los cuales la filosofía es indiscernible de la existencia, lo que da origen a un profundo antiintelectualismo (que no impidió que muchos cínicos, incluido Diógenes, fueran tenaces escritores). La tesis de P. Hadot es que, aún incluyendo estos extremos, la noción de filosofía como arte de la existencia, estaba constantemente presente. Lo estaba en la Academia y en el Liceo, pero su importancia habría de acentuarse en las escuelas helenísticas: estoicos, epicúreos y escéticos, a medida que se hizo más intensa la orientación a

privilegiar los aspectos prácticos de la filosofía. Por sobre sus diferencias, todas estas escuelas concuerdan en afirmar que, antes de su conversión filosófica, el individuo vive un estado de desdichada intranquilidad, y consumido por sus pasiones y sus preocupaciones, no vive una vida auténtica. La filosofía se convierte en una terapéutica del alma. Para mostrar esa constante, ¿*Qué es la filosofía antigua?* ofrece una breve historia, desde Platón a las doctrinas de la época imperial, bajo el aspecto novedoso que hemos venido señalando.

Siguiendo un postulado estoico, P. Hadot propone entonces que en la antigüedad habría que distinguir entre *filosofía*, que es la práctica de vivir como filósofo, y *discurso filosófico*, que es el sistema de argumentos y razones que trata de fundamentar ese estilo de vida. Ambos son incommensurables, puesto que vivir filosóficamente está al alcance de aquellos que no elaboran ninguna trama de conceptos, pero son inseparables, porque una vida filosófica, una opción existencial debe echar mano de un discurso que aspira, tanto como le sea posible, a justificarse mediante una racionalidad rigurosa. Naturalmente, el primer objetivo predomina sobre el segundo, por eso el discurso filosófico adopta con frecuencia, en su forma y en su contenido, el estilo persuasivo, exhortatorio, verbal y paratáctico, que ponía al alcance de todos los aspirantes a vivir filosóficamente, mediante la memoria, los principios de doctrina.

Comprender la filosofía antigua es entonces insertarla en las concepciones de lo que era la escuela y la enseñanza, en las condiciones particulares de la vida filosófica, en los géneros literarios, las reglas retóricas, los imperativos dogmáticos y los modos tradicionales de razonamiento que entonces imperaban. Reconocerlo es en cierto modo también mirarnos a noso-

tros mismos. Porque es nuestra propia concepción la que, en un anacronismo, nos ha conducido a no ver en la filosofía antigua más que lo que nosotros mismos perseguimos: un discurso sistemático, abstracto y argumentativo que se expresa en libros que tienen su fin en sí mismos y que ofrecen, a un público extenso y anónimo, un castillo de conceptos destinados a explicar una parcela de la realidad. Es sobre todo la enseñanza de la filosofía y una cierta concepción de su historia, la que ha tenido la tendencia a insistir únicamente en el aspecto teórico, abstracto y conceptual de la disciplina.

¿*Qué es la filosofía antigua?* es resultado de una larga exploración de Pierre Hadot. Escrito en un impulso continuo, el libro contrasta con otros títulos compuestos de ensayos reunidos que merecen mencionarse en el contexto de su primer libro (hasta donde alcanzamos a saber) traducido en lengua castellana: *Exercices*

spirituels et philosophie antique (1981), *La citadelle intérieure. Introduction aux Pensées de Marc Aurele* (1992), *Philosophy as a way of life* (1995), *Plotin ou la simplicité du regard* (1997) y *Études de philosophie ancienne* (1998). En todos ellos se encuentran senderos poco frecuentados en la historia de la filosofía: los ejercicios espirituales de la antigüedad, la imagen del filósofo, los procesos antiguos de enseñanza y otros. Todos ellos son libros animados por la convicción de que la filosofía antigua es, en esencia, un itinerario espiritual. Probablemente, en el futuro, los especialistas nos ayudarán a corregir el blanco, asignando un justo papel al proyecto existencial al lado de los sistemas conceptuales. Pero por ahora, Pierre Hadot nos ha traído una pregunta que, a pesar de todo, nos formulamos muy poco: ¿qué es la filosofía?, y por medio de ella nos ofrece un pequeño antídoto contra nuestro dogmatismo.

LA POLÍTICA DEL PRESENTE A TRAVÉS DE LOS CLÁSICOS

Jesús Rodríguez Zepeda

LUIS SALAZAR CARRIÓN,
El síndrome de Platón
¿*Hobbes o Spinoza?*, México, UAM,
Unidad Azcapotzalco, 1997,
Col. Ensayos, 415 pp.

¿Quién podría dudar de que toda lectura de los discursos teóricos del pasado es una tarea que se realiza a través de los ojos y las ideas del presente? Todo argumento filosófico del pasado es, en la medida en que lo recuperamos para nuestros

debates contemporáneos, herramienta intelectual de nuestro tiempo. Si aceptamos, como quiere Norberto Bobbio, que la filosofía política tiene como objeto ciertos problemas *eternos* del espacio público, reconoceremos también que nunca hay temas del todo resueltos y que estamos condenados, y no obstante y acaso por ello esperanzados, a releer y reformular constantemente a nuestros padres fundadores.

Pero la reconstrucción presente de los discursos del pasado puede hacerse bajo diferentes motivaciones. En términos muy